

LUISALÚ contempló críticamente los cubiertos, las servilletas, las copas —estas no, le dijo a Eugenio, mejor las azules—, la panera con la distribución equitativa de rebanadas de barra de cereales, baguette tradicional y picos, los entremeses y la distancia entre una silla y otra, y suspiró, llevaba desde la mañana del día anterior cocinando y aún le quedaban unos detalles del risotto de setas y el revuelto de langostinos que prepararía unos minutos antes de servirlo. Eugenio le mostró dos botellas de vino blanco y ella asintió, sí, al congelador, saca un tinto aunque beberemos sin remedio los que traiga Sergio, ya sabes, se ofenderá si no los consideramos los más adecuados, dirigió su fatiga hacia el desorden momentáneo de la cocina y le pidió a Eugenio que fuera metiendo lo que pudiera en el lavavajillas, se había abierto él un botellín de Cruzcampo, y ponme el transistor otra vez, por favor, las noticias no, gracias, Radio Clásica si no te importa, Eugenio obedeció sin hablar dando sorbitos a la cerveza, ya estaba en su laberinto, pensó Luisalú, y adivinó que él adelantaba *in mente* los argumentos con los que se enfrentaría a sus amigos en caso de polémica que se encargaría de provocar, recordaba ella con mal sabor de boca el coñazo de la última cena en casa, un ensayo de la recuperación de estos encuentros que habían desaparecido de su vida social, ¿era estupidez o buena voluntad lo que la había tenido horas pringada entre guisos y pucheros a pesar del aburrimiento de aquella noche con

los colegas poetas de Eugenio?, había sido una velada interminable con la matraca de la opinión de Cernuda sobre los versos de Unamuno, y que si errores de métrica, que si Aldebarán o el *Cancionero*, que si ese era un maniático y el otro un egocéntrico, quiénes iban a hablar, el más joven pontificaba, el más viejo pretendía una sensatez que ocultara su soberbia, el laureado sonreía con superioridad, y las mujeres escuchaban con aire dócil de hágase en mí según tu palabra, incluida ella que los aborrecía a todos por igual, hoy acudían invitados los amigos de siempre, distintos, también plumíferos, pero Caspia no se quedaba boquiabierta ante las *boutades* de Jorge, Mendo no llamaba bonitas a todas las mujeres ni cagaba el tan-guapa-como-siempre cuando las saludaba, se agradecía que eludiera los tópicos más repulsivos de la cortesía banal, tenía que reconocérselo por mucho que Luisalú le guardara rencor desde que habían dejado de ser amantes y el periodista hacía como que había olvidado aquella pasión efímera, cuál no lo es, con suerte se hablaría de política o de películas o del hijo crispado de Sergio, sus anécdotas eran divertidas para todos, quizá no tanto para su madre, cualquier cosa mejor que el exhibicionismo cultural de la cena de líricos altivos y eso que con la edad algo habían mejorado los vates, Eugenio y ella evocaban con risas y horror aquella época de su juventud cuando los versificadores no sólo se enzarzaban por un quítame allá ese soneto sino que a la mínima coartada se lanzaban a recitar la propia obra entre croqueta y gamba.

Luisalú ya había troceado las setas y cortado el tallo de los portobellos, pochado la cebolla y estaba listo el caldo de verdura, cocinó en una sartén a fuego lento los hongos con un ajo, echó sal, un vaso de vino blanco y el caldo en la cazuela del arroz, volcó en ella la sartén y comenzó a remover todo de forma automática y parsimoniosa mientras se ad-

miraba de la apatía o inercia o estupidez que la sometía al ritual de la cocina y a responsabilizarse de esas cenas para individuos que habían dejado de interesarle allá por el pleistoceno de su biografía, o sin exagerar, quizá desde la ruptura con Mendo por la que no derramó una lágrima a pesar de que le dolió, y trataba de consolarse rebajando el impulso que la había empujado hacia ese hombre de personalidad taciturna y secretos pueriles, como no fuera la certeza de que Eugenio se la pegaba con vete a saber quién, lo que, por otro lado, la dejaba indiferente y concedía a sus polvos con Mendo un sentido de justicia retributiva más que de venganza, ¿era sólo eso?, y cómo explicarse el final de la aventura, por citar un clásico, ¿se había cansado ella, y él lo notó, y entonces a qué el malestar, o le embargaron remordimientos—qué vileza follarse a la mujer del amigo— al introvertido periodista?, ¿o se mosqueó definitivamente cuando ella se burló de sus dios mío en el momento del orgasmo, si era ateo, observación que la colocaba de espectadora guasona y a él lo forzaba a estar consciente en instantes que exigen lo contrario?, probó Luisalú el arroz con el cucharón de madera, estaba ya en su punto y los huéspedes llegarían de un momento a otro, y a lo mejor había suficiente comida y se ahorraba el revuelto de langostinos, aunque Sergio era un tragón y a Eugenio le encantaba exhibir la abundancia, resabios de niñez de pobre, pero ya vería ella cómo se iban vaciando las bandejas, lo malo sería que Roberta se metiera en la cocina en insufrible plan colaboradora femenina solidaria sin percatarse de que Luisalú agradecía esos minutos de soledad, alejada del parloteo vocinglero de los creadores.

Sonó el timbre de la calle y a Luisalú la invadió un fastidio abrumador rechazado a lo largo de la tarde tal vez gracias al delantal, que se quitaba en ese instante, como si su pergeño de cocinera hubiera actuado de biombo, o mejor, de dique,

contra la irritación por el programado teatro social. Escuchó las voces en la entrada, distinguió la risa de Jorge y el vozarrón de Eugenio ponderando unas botellas de Ribera del Duero y Rioja, enseguida aparecería Sergio en la cocina para que ella también apreciara su buen gusto en materia etílica, pero quien se apoyó en el dintel fue Caspia que le dirigía una sonrisa de difícil traducción, ¿muy cansada?, le dijo, llevaba al cuello un pañuelo grande en el que la anfitriona creyó reconocer un cuadro famoso, se había cortado el pelo como un soldado y le favorecía, por fin apareces, tanto tiempo fuera, ¿no?, casi un año sin vernos, estás muy guapa, la saludó Luisalú, ¿una cerveza para empezar?, le gustaba Caspia, si alguna vez cedía a la curiosidad, que no sentía, de acostarse con una mujer, la habría elegido a ella, algo más fuerte, sugirió la invitada, ¿tienes vodka frío?, Luisalú colgó el delantal detrás de la puerta, mira, voy a subir a cambiarme la blusa que me debe de oler a guisos, si esperas un segundo Eugenio repartirá alcohol a todos como un barman feliz, ¿te importa si te acompaño?, preguntó Caspia, se oían los pasos de los demás por las escaleras, vale, sube, intuyó Luisalú que amenazaba una confidencia y le sorprendió porque Caspia tendía al hermetismo más que a la simple discreción, ve sirviendo las bebidas, le dijo a Eugenio que gesticulaba detrás de su voz, sus palabras siempre llegaban antes, se burlaba de un escritor local que acababa de parir un engendro, según Eugenio, se acordaba de aquella crítica famosa, la más breve de la historia, debió de ser en el *Informaciones*, Fulanito de Tal ha publicado otra novela, ¿por qué?, un chillidito de hiena de Sergio celebró la anécdota, Jorge se reía con estrépito y su mujer le dirigió con los ojos una puñalada azul, pensó Luisalú, nosotras bajamos ahora, anunció, ¿necesitáis ayuda?, se ofreció Roberta, con cierta ansiedad, sonó otro timbrazo, llega el tebeero Mendo, se dijo Luisalú con un mínimo esca-

lofrío, hizo como que no había oído a la pareja de Sergio y fue desabrochándose la blusa mientras subía los peldaños de dos en dos seguida por Caspia.

Imitaba Caspia ese gesto a lo Marlene Dietrich de no penetrar en las habitaciones sino quedarse en el umbral con un hombro apoyado en el dintel, Luisalú se sintió observada mientras rebuscaba en el ropero, esa combina con mi regalo, dijo de pronto su amiga, te lo he traído de Estados Unidos y lo llevo puesto, se quitó el pañuelo del cuello y se lo entregó, ah, *La grande Jatte*, exclamó Luisalú, no lo había identificado, muchas gracias pero no sé, es tuyo, a qué viene regalármelo, había incomodidad manifiesta en su rostro, la vimos juntas hace años en Chicago, ¿te acuerdas?, evocó Caspia, ese día afirmaste que era una de tus pinturas favoritas, desde entonces pensé en regalarte algo relacionado con ella, un póster me parecía demasiado obvio, mantenía su distante sonrisa, venían también Jorge y Eugenio, recordó Luisalú, sí, aquellos viajes entrañables de ilustres escritores amigos con sus respectivas y humildes parejas, había sarcasmo en su tono, pues se acabó, quería decírtelo aparte, Luisalú se abrochaba una camisa floreada y se quedó inmóvil, hace tiempo que no, empezó a decir, la cortó Caspia, no, se acabó el dúo de amor de zarzuela, Jorge diría que de ópera, qué vulgaridad la zarzuela, no aguanto su necesidad patológica de elogios, su rancanería en el aprecio de lo ajeno, su risa exagerada de intelectual con un espíritu llano, sus ronquidos, en fin, no lo aguanto a él, se acabó, desde la sala ascendían ruido de copas y las parrafadas mezcladas de todos los varones, a Roberta no se la oía, siempre la mosquita muerta, y Luisalú no sintió como otras veces cierto arrepentimiento por haberla abandonado, distinguió el tono mesurado o tímido o complaciente de Mendo, él no discutía nunca y menos con el gran Eugenio al que había adornado de cuernos, ¿Jorge ya lo sabe?,

regresó a la situación presente, como de costumbre Jorge se hace el loco, la sonrisa de Caspia se había extraviado en algún momento de su perorata, ¿a ti te gustó su última novela, la del mediodía famoso?, preguntó de pronto, ¿qué tendrá que ver si me gustan o no sus novelas para que te quieras separar?, cada vez más tensa Luisalú, ¿y la ridiculez de impartir doctrina en la prensa dominical?, disparada Caspia, ya le escuchas su risa popular, lo prefería cuando iba de grave denunciador leninista de los males de la patria aunque supongo que era igual de falso, le subía la amargura como una fiebre, pensó la amiga, no sé, me dejas, no sé, es un poco así de sopetón, titubeó, era consciente de que la situación se alargaba, quedamos el lunes para hablar, me tienes que contar muchas cosas de tus viajes o meditaciones o lo que hayas hecho todo este tiempo de desaparecida, pero ahora vamos con los otros o imaginarán vete a saber qué, Caspia estaba absorta en su revelación como una sibila, a Jorge le habrían encantado los juegucitos de cambios de parejas y sexo en grupo, ¿te acuerdas que lo intentó, dónde fue, en Siena?, ni te diste cuenta, Eugenio no habría consentido ceder a su musa, ay, con lo bien que se habrían entendido entre ellos, la pareja perfecta, el poeta triunfante y el narrador de moda, ni ocasión para los celos profesionales aunque sí, siempre hay motivo, Luisalú la miró de frente, la palabra musa olvídala, por favor, yo la detesto, venga, vamos a bajar, reapareció la sonrisa lejana, ¿también de crisis el matrimonio ideal?, vale, sí, vamos con ellos, Roberta debe de estar muerta de celos, Caspia le dio la espalda y Luisalú se quedó mirando el pañuelo con la pintura de Seurat, le gustaba mucho pero no tenía que haberlo aceptado, te dejas el pañuelo, le gritó, era para ti, rica, ya te lo he dicho.

¿Secretillos allá arriba?, las interrogó Roberta, abrumador se les abalanzó Sergio con unas copas en la mano, bebed, un